

NOCHE DE JUEVES SANTO

Compuso Joaquín Turina a principios del Siglo XX su célebre drama lírico *Margot* ahora en la memoria de los cofrades merced a las adaptaciones hechas por las agrupaciones musicales que acompañan a nuestras imágenes procesionales. Y no siempre los hechos son casuales, pues justificar este tipo de actos te llevan a averiguar datos que hacen idóneos –milagrosos diría yo– esos nuevos descubrimientos. Una falsa ilusión que tan solo demuestra nuestra ignorancia pues siempre estuvieron ahí, tal vez como tantos otros, pendientes de que alguien algún día los desenmarañe y acabe haciéndolos suyos...

Decía que la interpretación de esta pieza musical cobra sentido pues el fragmento que ahora el mundo cofrade tararea con dedicación, explícitamente viene definido espacial y temporalmente: noche de un Jueves Santo en las inmediaciones de una plazoleta sevillana al paso de una Virgen bajo palio. Tanta información deja no obstante –hábil Turina– sitio para la especulación. Mucho se ha opinado al respecto, que si es la Esperanza en torno a la calle Feria (tesis más defendida), que si la Virgen del Valle o la Victoria, a saber por qué hermosos lugares. Cada cual ve aquello que desea cuándo y dónde quiere, y en este caso, con licencia del autor. Nada se dice acerca del color del terciopelo que envuelve a la caminante Señora, nada de su ajuar o de su tocado, ni siquiera sabemos si la acompaña o no el discípulo amado. Todo queda a nuestra interpretación limitada por tan solo unas exigencias; que es noche –siempre de luna llena–, que huele a azahar y que toca a su fin en Sevilla el Jueves Santo.

Que nadie dude que nuestro cielo sea también sevillano, oscuro y místico cuando mi cofradía transita por la calle Real Utrera, flanqueada por el olor de los naranjos casi hasta llegar a su templo... y bajo palio, exhausta María por llegar al Calvario donde padece su hijo crucificado. Y a esas horas de la noche, puro recogimiento, refulgen con más intensidad las llamas de los cirios que parecen escapados del Monumento del Jueves Santo. Tan solo resta que resuenen los compases de esta afamada pieza musical. Pero, ¿quién niega que no haya sido así?

Creado el ambiente, propicio como el de los protagonistas de aquel romántico drama –mitad sevillano, mitad francés–, quién no se reconoce con un nudo en la garganta, víctima de sus miedos, preocupaciones y pasiones terrenales, cuando ante sí camina sumida en el Mayor de los Dolores la Madre de Dios –Si es posible, que pase de mí este Cáliz– se adivina en el pensamiento de quienes la ven. Quién no se emocionó... y aunque no se interprete, quien niega que se escuche *Margot* tras el palio de mi dolorosa... La cadencia de su paso, el peso de su pena, su angustia contenida, su inusitada belleza... ¿cuestión de gustos? No creo: suene lo que suene... suena lo que suena. Susurra la noche compases de *Amarguras*, melodía que solicita a la *Soledad su mano*, sabe a *Valle* (de lágrimas) y exclama el viento que *Sus Dolores son* (también) *nuestras Penas*. Suene lo que suene... suena lo que suena, mas como decía Pío Baroja “La música es un arte que está fuera de los límites de la razón, lo mismo puede decirse que está por debajo como que se encuentra por encima de ella”.

Cumplíndose la voluntad Suprema llegará la Virgen finalmente al Calvario y eso será cuando ya en el interior de San Sebastián, verdadero Gólgota Nazareno, María quede al pie de la Cruz. Todo un año para seguir escuchando, aunque sea solo en nuestro imaginario, tal vez *Margot*, quizás *Mater Mea*...pero nunca, nunca, como junto a Ti la noche de un Jueves Santo.

Francisco Javier Mena Hervás

Artículo publicado en la Revista 'Azahar' en el año 2011